

MI DON FRANCISCO YNDURAIN

Manuel Alvar

*El júbilo es nuestro. De todos los que en estas páginas —y, también, fuera de ellas— nos reunimos en torno a un gran profesor. Es el regalo que él nos da: su compañía siempre cordial, su saber generoso, el equilibrio de su persona. Un volumen de homenaje no es un libro cualquiera, es el testimonio de una hombría de bien ganada hora tras hora en ese humilde heroísmo que es el ser maestro. Y aquí —en torno a don Francisco Ynduráin— nos hemos reunido alumnos suyos y compañeros, hombres (y mujeres) que nos lo hemos cruzado en nuestras vidas y ya nunca más lo sentimos apartado de nosotros. ¿Cuántas veces floreció el humilde almendro y su fruto fue siempre dulce y tierno? Todos nosotros un día estuvimos junto a Ynduráin, y ya para siempre. Hace décadas y décadas o lustros y lustros o años y años. Recibiendo el bien de sus frutos.*

*Estamos en octubre de 1941. Unos cuantos mozalbetes esperábamos la primera clase. Un profesor nuevo de literatura. Esos mozalbetes se llamaban Fernando Lázaro, Félix Monge, Manuel Alvar. Era una parvada de ilusiones que venía del Instituto Goya. Pronto se incorporó una nueva esperanza, Tomás Buesa. Y estaban aquellos otros nombres, Láscaris, Bueno, Ubieto, Bosque, Marmisa, Martínez Castillo, que la vida enderezó hacia otras sendas. Eramos muchachos recién salidos de unas aulas y que ahora,*

*mediado el mes de octubre, esperábamos a la entrada de otra clase, incierto todo, incierto hasta límites que jamás se habrán podido imaginar. Y el nuevo profesor llegó. Con su aire de pelotari oxoniense, su corbata amarilla de cuadros escoceses, su americana deportiva de espiguilla marrón. Empezó a hablar de la épica castellana: las púberes canéforas no acertaban a copiar apuntes y los mozos, ostensiblemente favorecidos, tomaban partido por el nuevo profesor. Y ahí siguen Buesa y Lázaro, Monge y Alvar. Porque aquel maestro recién llegado hablaba de forma distinta; su voz en nada se parecía a las voces que se escuchaban en la universidad de 1941; el rigor de las palabras, la exactitud bibliográfica, el rechazo de los manuales, la exigencia del trabajo puntual. En una triste universidad, las clases de Ynduráin eran las únicas que mantenían nuestra fe y nuestras ilusiones. Y lo fueron otras muchas veces y son un ejemplo ahora, tan tarde, cuando más de cuarenta años después nos reunimos aquí, en torno a don Francisco, y evocamos lo que ha sido de cada uno de nosotros, lo que nunca habiéramos sido sin él.*

*Porque todos los que colaboramos en su homenaje —y también los que no han podido— sabemos de su fidelidad a esos principios suyos, inalienables, pero tan suavemente comunicados. Sí, tan suavemente comunicados, aunque la corbata amarilla o el gesto cansado, o la mirada perdida al otro lado de los ventanales, hayan hecho creer lo contrario. Porque Ynduráin exigía (obligación del buen maestro), era discreto en el elogio (estímulo para mejorar el trabajo) y parco en sus palabras (dignidad del varón ecuánime). Más de un cantamañanas buscó las charcas donde había apacible croar. Ynduráin tenía, tiene y tendrá esas virtudes que dignifican el trato y que hacen florecer los afectos y las devociones. Hombre que está en su sitio porque su sitio le pertenece y no se lo prestan.*

*Un día de 1952 iba yo a París. Mi estancia se vislumbraba larga. Busca a José María Quiroga Pla y dile que estoy donde siempre estuve. Hablé con amigos míos: Quiroga no quiere saber nada de España, Quiroga no te recibirá o peor, Quiroga... Dos líneas, dos líneas sólo: «Mi maestro don Francisco Ynduráin me encarga decirle que él está donde siempre estuvo. Vivo en la Casa de España de la Ciudad Universitaria. Suyo, Alvar.» Aún no habían pasado veinticuatro horas y yo subía, por vez primera, los peldaños de Felix Ziem, 7. ¡Cuántas veces después! Ynduráin, Es-*

*pañá, Unamuno, Salomé, Salamanca. Después, historias de la resistencia, libros y más libros, los amigos franceses, Alberti, mis ilusiones. Y muchas tardes iba a pasar el rato a aquella casa, donde Quiroga Pla me dedicaba sus libros (póngame el dedo donde acaba la línea), donde Quiroga Pla me preguntaba por Miguel (aquí al contraluz de la ventana, aquí, sólo veo una mancha sobre la claridad y usted debe ser como mi hijo), donde me explicaba cómo retradijo —unamunescamente— La agonía del cristianismo. Me vuelvo a España. Sí, dígame a Ynduráin que yo también estoy donde siempre estuve.*

*Y es que Ynduráin está siempre ahí. Pasaron muchos años, muchos. Y un día me llevó a su cátedra. A su cátedra, que era mi clase de estudiante. No el aula de las solemnidades ni de los ilustres invitados. Mi clase. Lo dijo: «Aquí Elena y Manuel Alvar se sentaban juntos cuando eran como ustedes.» Y él se fue a sentar —¿veinticinco años atrás?— en el pupitre donde Elena tenía un hueco. Y al final de la clase: «Te los estaba guardando, Elenita.» Los tres trabajos que en 1941 yo le había presentado: el Arcipreste de Hita y don Juan Manuel, la musicalidad de Jorge Manrique, la crónica troyana polimétrica. Ahora, ya, el mejor tesoro familiar, porque Ynduráin había estado siempre en el mismo sitio. Aunque el estudiantillo se le hubiera hecho viejo y la vida lo hubiera azacaneado hasta los confines donde el mundo pierde su figura.*

*Porque Ynduráin está siempre en el mismo sitio no necesita lo que tanta gente busca. El maestro ni se jubila ni lo retiran. Es acaso la suprema dignidad que le da el serlo. Cuando tanta gente cree que ser importante es que hablen de ellos, que les ofrenden la vacuidad de un elogio o que les digan adiós con tópicos tan viejos como la vanidad humana, Ynduráin —que está siempre en su sitio— no necesita otra cosa que la fidelidad de los afectos. No sé, tal vez tampoco la necesita, pero pienso que ha de ser hermoso ver que tantas cosas cambian y, sin embargo, siguen quietas esas suaves presencias a las que él supo dar vida. Por eso estamos reunidos aquí, y por eso queremos decirle que ni jubilación, ni retiro, sino la presencia continuada entre nosotros y de nosotros en él. Igual que cuando hace tantos años íbamos con él Monge, Lázaro y yo a jugar un partido de pelota al frontón del seminario o nadábamos en la piscina de la residencia o nos confiaba sus preocupaciones. (Yo llevé a Salamanca aquella carta*

*en que contaba a Ramos Loscertales una triste historia de persecuciones políticas.)*

*Estamos en julio de 1984 y yo traigo la voz de todos para decir a Ynduráin que también nosotros estamos donde siempre estuvimos. Estas líneas podría haberlas escrito cualquiera de los amigos que hoy nos vamos a sentar junto al maestro. Y, sin embargo, las escribo yo. Cualquiera mejor que yo (no, con igual cariño todos; con más, ninguno) y, sin embargo, el honor me cabe a mí. El honor, lo que son las cosas, se llama canícula. De pronto, los grados han trepado por la columna del termómetro y la dispersión se ha acelerado. La imprenta (siempre la misma historia) tiene prisas, de pronto muchas prisas. Y Fernando de la Granja me llama: Escribe el prólogo. Pero, Fernando, que lo haga otro, el honor debe compartirse. No, no, es imposible. La imprenta no espera y eres el único que ha quedado en Madrid. En nombre de mis compañeros hago la ofrenda que cada uno de ellos hace; en el mío (lo que son los años) he querido evocar un encuentro que ha sido un precioso regalo para mi vida. La ciencia, la vida profesional y demás añadiduras, ¿no las sabemos —y muy bien— todos?*

MANUEL ALVAR

Universidad Complutense. Madrid